

SER O NO SER Qué hacer para ser psicoanalista

Norberto Helman

Planteo del problema ontológico del psicoanálisis

En este trabajo me ocupo del conjunto de actividades (que, como postulo que son nueve, he bautizado “*nonápode*”) que conducen a adquirir, a mantener, a recalibrar o a recuperar la identidad de psicoanalista.

Expongo algunas ideas acerca de qué es lo que actualmente considero *ontológico* del psicoanálisis, su *Ser*. Asimismo, desarrollo cómo el quehacer del psicoanalista deviene, por sus efectos, en la adquisición de su *Ser*. Son puntos de vista personales, surgidos como consecuencia de reflexionar sobre el quehacer profesional.

El psicoanálisis es una de las (¿pocas?) actividades humanas que tiene el privilegio de que sólo puede ser llevada a cabo voluntariamente: no se puede obligar a una persona a psicoanalizarse, ni a ser psicoanalista.

El vínculo analítico se establece entre un psicoanalizando y un psicoanalista. En este trabajo me referiré escuetamente al primero y más extensamente al segundo.

El psicoanalizando

Podemos utilizar el poético monólogo de Hamlet (Shakespeare, 1600), para resumir los problemas que tiene toda persona: “*¡Ser o no ser: he aquí el problema! ¿Qué es más levantado para el espíritu: sufrir los golpes y dardos de la insultante fortuna, o tomar las armas contra el piélago de calamidades y haciéndole frente, acabar con ellas?...(...)...Porque ¿quién aguantaría los ultrajes y desdenes del mundo, la injuria del opresor, la afrenta del soberbio, las congojas del amor desairado, las tardanzas que provoca e infiere la injusticia, las insolencias del poder y las vejaciones que la persona que tiene el mérito de tener paciencia padece por acción del hombre indigno, cuando uno mismo podría procurar su reposo?...(...)...¿Quién querría tan duros cargos, gemir y sudar bajo el peso de una vida afanosa?...(...)...(si no fuera por un) temor que confunde nuestra voluntad y nos impulsa a soportar aquellos males que nos afligen, antes que lanzarnos a otros que desconocemos*”.

Ante esta problemática, inherente a la condición humana, la persona en cuestión, según sea de viable su acceso a la utilización de la *función psicoanalítica de su personalidad*, acuñará diferentes reacciones, encuadrables en diversas configuraciones, algunas psicopatológicas, otras dentro de los límites de lo considerado “normal” por la Ciencia Psicológica.

Algunos optan por buscar el poder, aún a costa de asesinar (Ricardo III, el matrimonio Macbeth); otros, incapaces de soportar el peso de una vida sin soluciones aceptables, optan por el suicidio (Ofelia, Romeo, Julieta, el mismo Hamlet –por vía indirecta-); otros pierden la cordura (Lucía de Lammermour); otros enferman corporalmente (Mimi, Marguerite Gautier); otros siguen el camino de la perversión (Bomarzo); otros se entregan a las adicciones (Falstaff, Hoffmann); otros emigran (el Holandés Errante); otros cambian de trabajo o la orientación de sus estudios (Los Maestros Cantores). Hay quienes, vislumbrando que pueden existir caminos que no se les ocurren, deciden buscar ayuda profesional, una de cuyas vertientes es el psicoanálisis.

El proceso psicoanalítico podría llevarlos a estar en posición de tomar decisiones libremente acerca de sus problemas, porque, sencillamente hablando, el psicoanálisis es una forma de ofrecer a una persona condiciones que le permitan desarrollar la ya mencionada *función psicoanalítica de su personalidad*, la que puede brindarle el acceso a una cosmovisión que lo habilite a utilizar su plasticidad, su creatividad, su capacidad de cuestionarse, de encontrar nuevas respuestas que lo rescaten de sus estereotipias, su potencialidad de distinguir, entre varias posibilidades, cuál es la preferible para reencarnar sus problemas vitales.

El psicoanalista Enfoque acerca de su quehacer

Interrogarme sobre la *ontología* del Psicoanálisis, sobre su *Ser*, me llevó a meditar y escribir acerca de cuáles son los *caminos* por los que un profesional puede adquirir las características que lo habiliten para que su *praxis* con un paciente pueda dar por resultado que ese trabajo en común devenga en un proceso psicoanalítico.

No me referiré a los *procedimientos técnicos* que debe cumplir un proceso terapéutico para quedar encuadrado en tal denominación, ya que existe abundante y bien fundamentada bibliografía al respecto

En mi contacto con colegas y en mi propia experiencia, he podido comprender y concebir que psicoanalizar no es solamente aplicar un saber, un cuerpo de conocimientos, puesto que implica la asunción de una actitud ética, que permita brindarle a una persona (el psicoanalizando) las condiciones para que pueda desarrollar su potencial función psicoanalítica, en un clima de respeto de su autonomía.

Desarrollo este tema en dos apartados, el primero de los cuales (A) abarca algunos comportamientos que podemos tener involuntaria y fortuitamente los analistas, que implican desviaciones respecto de las líneas de conducta que propugna el psicoanálisis, mientras el segundo (B) trata acerca del conjunto de las actividades que, al decantar en vivencias-experiencias, hacen a la formación del psicoanalista.

Lo hago en este orden, porque fue a partir de haber detectado esas desviaciones que investigué y medité sobre sus posibles causas, con el objetivo de encontrar la forma de prevenirlas o de mitigarlas.

A) Desviaciones respecto de las líneas de conducta que propugna el psicoanálisis

Considero conveniente dejar puntualizado que no me refiero en esta presentación a los efectos que se producen en un psicoanalista cuando es el blanco de la identificación proyectiva inoculatoria de su paciente, como, por ejemplo, una súbita somnolencia por inoculación de aspectos glischrocáricos del paciente, pues dichos efectos momentáneos sobre el analista son una de las consecuencias prácticamente inevitables de la patología del psicoanalizando y suelen ocurrir independientemente de la formación y entrenamiento del profesional, como señalara León Grinberg en 1963.

Para mayor claridad y discriminación, aclaro que tampoco me refiero a encuadres ni a tipos de intervenciones terapéuticas, elegidos por el psicoterapeuta *ex profeso*, como medidas tendientes a favorecer la eficacia del proceso terapéutico por haberlas considerado adecuadas para su marcha (como podría ser, por ejemplo, focalizarse intencionalmente, incluso de común acuerdo con el analizando, en una temática, por su urgencia, por su trascendencia emocional, por su repercusión en la vida).

Sería deseable que la praxis de todo psicoanalista fuera siempre impecable. Pero es humanamente inevitable que no resulte así. Pasaré revista a ciertas desviaciones involuntarias de nuestra *praxis*, poco frecuentes (ya que lo *frecuente* es intervenir de acuerdo a lo esperable), que afectan al proceso, al encuadre o a ambos. En esas desviaciones, de las que me ocupé parcialmente en 1992, el psicoanalista no cumple con las premisas que corresponden al Esquema Conceptual, Referencial y Operativo (E. C. R. O.) que él mismo adoptó. Le pasan inadvertidas en el momento de ejecutarlas. Las detecta *a posteriori*, al recordar la sesión (supervisión, o autosupervisión).

Al reflexionar acerca de ellas, llegué a la conclusión, en base a mi experiencia como analista, como supervisor y como interlocutor con otros colegas, de que suelen ser la consecuencia de una momentánea pérdida de la *actitud-de-analista*; (por ejemplo, no haber mantenido -sin advertirlo- la atención flotante, que es una condición indispensable para ejercer la capacidad de elaborar la contratransferencia complementaria y transformarla en concordante), debido a una insuficiencia momentánea de alguna(s) de las actividades de las que daré cuenta al desarrollar los componentes del *nonápode*. Por lo tanto, auto-detectarse las desviaciones le permite al profesional pesquisar cuáles son las actividades de dicho *nonápode* que está necesitando reforzar o retomar.

Sí me estoy refiriendo a comportamientos, inadvertidos en el momento por el psicoanalista, que implican desviaciones o deslizamientos respecto a las intervenciones psicoanalíticas que él mismo predica.

Paso a exponer esas desviaciones o deslizamientos.

Amiguismo. Suele ser adoptada esta actitud ante pacientes que tuvieron una crianza estricta, exigente, sin miramientos, con carencia de amor y consideración. En vez de interpretar esta situación (evidentemente, instalada en el aquí y ahora transferencial de la sesión), el analista, sin advertirlo, desliza su función a compensar, a proveer a su paciente de aquello de lo que careció. En oportunidades su modo de expresión es el *relato de aspectos de la vida del analista*, que así se propone de a sí mismo de modelo o ejemplo, confundiendo esta “confesión contratransferencial” con una “interpretación transferencial”.

Rigidez de encuadre. Suele ser adoptada ante pacientes cuya crianza careció de disciplina, de enseñanzas acerca del orden, con una historia de vínculos con objetos que mostraban blandura o debilidad e inducían al paciente a abusar de ellos. El profesional, en vez de interpretar esta situación (evidentemente, instalada en el aquí y ahora transferencial de esa sesión) sin advertirlo establece reglas rígidas (que no es lo mismo que estrictas), con lo que desliza su función a compensar, a proveer a su paciente de aquello de lo que careció.

Concentración en algunos objetivos terapéuticos, elegidos inconscientemente al emplear “atención dirigida” en vez de “flotante”. A menudo ocurre, tomando el lugar de la interpretación transferencial correspondiente, con pacientes que carecieron en su crianza del aprendizaje del aprovechamiento del tiempo, de la enseñanza del establecimiento de prioridades que proporcionara una escala graduada desde lo trascendente hacia lo intrascendente.

Actitud pedagógica. Sustituye a la interpretación transferencial. Tiende a promover la elección de una ideología (adoptando actitudes paternalistas, de proteccionismo, de guía, de consejero). Suele presentarse ante pacientes con tendencia a delegar sus decisiones, con poca iniciativa, con poca tendencia a la actividad, que no tienden a responsabilizarse, que no se capacitan ni se preparan, que no recaban datos, que dan la impresión de vulnerables y expuestos. A veces adopta la forma de *adoctrinamiento*.

Intervención terapéutica puramente racional, intelectualizada. Se atiende puramente a lo lógico, sin considerar otros componentes de la vida (y de las asociaciones libres). Sustituye a la interpretación transferencial en pacientes con tendencia a ser confusos, o también en los que toman sus decisiones basados en su inspiración (*impromptu*) del momento, irreflexivamente.

Sustitución de las interpretaciones por exposiciones teóricas. Suele reemplazar a la interpretación transferencial de material que denota que el paciente no confía en el psicoanálisis o en el psicoanalista en cuanto a su peso científico.

Sustitución de las interpretaciones por exposiciones filosóficas. Suele reemplazar a la interpretación transferencial de material tan abstracto que no resulta comprensible para el profesional.

Apaciguamiento. Dirigido a levantar el ánimo del paciente, soslaya analizar qué lo llevó a estar con baja autoestima.

Hostigamiento (tendiente a “bajonearlo”). Soslaya analizar las dificultades del analizando a tolerar sus defectos, sus déficits, sus carencias, incluso su mediocridad.

Sonsacar informaciones y utilizar los datos aportados por los pacientes para fines propios, de la vida personal del analista. Generalmente reemplaza las interpretaciones acerca de la falta de aportes del psicoanalizando.

Infidencias. Consisten en difundir fuera de sesión, en el medio ambiente del psicoanalista, material de esa sesión, habitualmente tras una sesión en la que el psicoanalista “optó por elegir” no interpretar, a partir de una vivencia contratransferencial de intensa reacción afectiva ante el material del analizando.

B) *Conjunto de actividades que, al decantar en vivencias-experiencias, permiten que la praxis pueda devenir psicoanálisis*

Al interrogarme sobre el porqué de las desviaciones antedichas, me surgió la idea de que podían deberse a una “claudicación” o “descalibramiento” temporario de los “engramas” de funcionamiento que podemos considerar patognomónicos de *Ser* analista. ¿Cómo se adquieren esos engramas de funcionamiento? Entiendo que se logran realizando un conjunto de actividades cuyo ejercicio, por la experiencia que conllevan, permite ir adquiriendo la capacidad para psicoanalizar. Se trata de actividades que sería ideal ir llevando a cabo integrada y gradualmente, a lo largo de la carrera: conviene tenerlas en vista para tender a ir cumplimentándolas, en la medida de las posibilidades. Por otra parte, advirtamos que su solo cumplimiento no bastaría para asegurar que una determinada actividad terapéutica sea propiamente un psicoanálisis (por ejemplo, aunque parezca “perogrullesco”, hace falta llevar a cabo lo prescripto por la teoría de la técnica).

I) Una de esas actividades consiste en que el profesional se *psicoanalice*.

Que haya pasado por un proceso psicoanalítico, que lo esté transitando, que pueda confiarse en que, si ya lo había concluido, sabrá, en un futuro, detectar aquellos avatares de su vida que lo pondrán ante una situación tal, que nuevamente le será necesario-útil-conveniente-indispensable “reanalizarse”.

Seguramente ese proceso facilita una mayor permeabilidad entre consciente e inconsciente, una posibilidad de empatía, de identificación, una facilitación de los procesos que aseguran la tendencia a autodetectarse la *contratransferencia complementaria* (Racker, 1948-59) y así poder, elaborativamente, transformarla en *concordante*, todo lo cual facilita la instalación de la *atención flotante* (Freud, 1912), constituyéndose así un círculo que se autoalimenta.

Se estaría entonces más a resguardo de incurrir en *actings-out contratransferenciales*, algunos de cuyos ejemplos son (Bion, 1967) el tener intervenciones “con memoria” (traer el profesional a sesión algún tema pendiente que no estaba en el material actual) o “con deseo” (influir directivamente en las decisiones del paciente, mediante consejos, asesoramiento, guía).

Es de subrayar, por añadidura, la importancia de la oportunidad que tiene todo analizando de adquirir identificaciones yóicas con su psicoanalista y sus funciones (proceso que también está presente en las tareas de supervisión, de aprendizaje de conocimientos teóricos, de discusión de trabajos, etc.) para la adquisición del *Ser* de psicoanalista.

II) Otra actividad es *supervisar*, tanto individualmente como en grupo, el proceso de analizando propios. Esto permite compartir, pensar, adquirir el hábito de hacer hipótesis y contrastarlas, etc.

III) Otra es llevar a cabo extensos, abarcativos, profundos *estudios teóricos*, acerca del psiquismo (sincrónico y diacrónico), la psicopatología, la teoría de la técnica, la técnica. Así se constituye un bagaje de conocimientos que, una vez asimilado, será utilizado durante las sesiones, “espontáneamente”, como enseñaba David Liberman al hacer hincapié en que no era deseable que el psicoanalista tratara de traer a su memoria los conocimientos teóricos que dieran cuenta del material que aportaba el analizando en sesión.

Hasta aquí el *trípode* clásicamente recomendado. En un trabajo anterior (2004) propuse incluir otras actividades, a las que considero igualmente recomendables, para la formación y la preparación del analista, con lo que en aquel trabajo proponía un *octópode*:

IV) Una de esas otras actividades consiste en *tener experiencia variada en analizar pacientes*, con distintos diagnósticos y con procesos en distintas etapas evolutivas en sus tratamientos. Incluye adquirir la práctica de confeccionar historias clínicas y escribir actualizaciones (que, de paso, sirven de auto supervisiones). No es indispensable que se practique con esos pacientes un psicoanálisis; por ejemplo, enriquece al profesional trabajar en hospitales y otras instituciones dedicadas a la llamada “salud mental”.

V) Otra es intercambiar conocimientos y vivencias con colegas de menor formación, *dando supervisiones* individual y colectivamente.

VI) También *coordinar grupos de estudio* (en lo posible, sobre diferentes temas a lo largo del tiempo). Tanto esta actividad como la anterior, son útiles por lo que implican de preparación previa de los temas, de búsqueda y de aplicación de un sistema pedagógico de exposición, de encuentro con interrogantes muchas veces no anticipados, de estímulo para recurrir a nuevas bibliografías, de oportunidad para repensar sobre lo dado por sabido.

VII) Asimismo, *escribir trabajos*, que es una forma más de encontrar la manera de ensayar, de corregir, de modificar cuantas veces sea necesario, cómo expresar las ideas, los conocimientos y las opiniones (cuyas fuentes son no sólo los estudios, sino también las reflexiones y las investigaciones), pero esta vez ante un interlocutor que no esté presente mientras se redacta. Esta actividad se completa por la posibilidad de discutir los trabajos con colegas, publicarlos, presentarlos en reuniones científicas.

VIII) Una actividad igualmente fértil para cimentar la formación como psicoanalista, es *intercambiar, contrastar, reflexionar y discutir entre pares*, tanto con grupos estables en cuanto a frecuencia e integrantes (por lo que se van creando hábitos de discusión, de conocimientos mutuos, de aprovechamiento colectivo de las lecturas y de la

experiencia, que van constituyendo un capital en común pero que queda en cada uno), como en grupos que se constituyen eventualmente para situaciones acotadas (por lo que implican de aporte inesperado y de oportunidad de conocer nuevos puntos de vista y de contactar con colegas con los que no se tenía asiduidad).

Agrego a este *octópode* (trasformándolo así en *nonápode*) una nueva “actividad”, que desarrollé en una publicación de 1999:

IX) En esa publicación expresaba que, escalonados a lo largo de la vida profesional, resultan una valiosa fuente de conocimientos “...los aportes de otras disciplinas; teoría de la comunicación, lingüística, otras corrientes de psicología, (por ejemplo reflexología, enfoque sistémico, gestalt...), etología, derecho, ciencias políticas, sociología, ciencias de la educación, antropología, ciencias biológicas –incluidas medicina, neurociencias, etc.- ética, filosofía, religiones, artes, historia, mitología, epistemología”... Esto implica un psicoanalista con mentalidad interdisciplinaria, que tiene en cuenta que...”muchas veces sólo el producto de los conocimientos combinados de varias disciplinas, puestos en contacto, pueden dar por resultado cierto tipo de conocimientos originales, los que no hubieran podido surgir por la dedicación al estudio exclusivo y único del psicoanálisis, aislado”...(…)...”Tal vez, en algún plano, se trata de reinstalar, más por ideología que por metodología, el espíritu humanístico” (pág.536).

Conclusiones

En mi experiencia, algunos comportamientos que podemos tener involuntaria y fortuitamente los analistas, que implican desviaciones respecto de las líneas de conducta que propugna el psicoanálisis, pueden adscribirse muchas veces a cierto déficit en la implementación de alguno de los componentes del *nonápode*. Este punto de vista implica la disposición del profesional a retomar alguna(s) de estas actividades cada vez que se auto detecte con la necesidad de re-encauzarse, de reubicarse en su quehacer.

En síntesis, considero que si intentamos, en el largo proceso de nuestra vida profesional, ir cumplimentando el conjunto de actividades propuestas en el *nonápode*, ¡muchas veces tras haberlas dado por cumplidas!, con la actitud libre del que elige por convicción, por vocación, por satisfacción, por responsabilidad, por ética, por “espíritu de cuerpo”, por seriedad científica, por actitud lúdica, estaremos más a cubierto de desviarnos del camino en esta apasionante, estimulante y difícil (¿“imposible”?) tarea de sembrador, de alimentador del “fuego sagrado”, de portador del estandarte de “tener por siempre de estudiante/ para toda la vida el corazón”, que es para mí consustituyente esencial de lo *ontológico* de ser psicoanalista.

Resumen

El autor considera que el psicoanálisis es una forma de brindarle a una persona (el *psicoanalizando*) la posibilidad de desarrollar la *función psicoanalítica de la personalidad*,

en un clima de respeto por su autonomía: implica entonces una actitud ética, no sólo la aplicación de un saber.

El autor se ocupa del conjunto de actividades (que, como postula que son nueve, ha bautizado “*nonápode*”) que llevan a un profesional a adquirir la ontología, la identidad de psicoanalista, a mantenerla, a recalibrarla si se había descalibrado y –llegado el caso- hasta a recuperarla.

Cuando se produce un déficit transitorio de alguna(s) de las actividades que hacen a la formación del profesional, éste pierde momentáneamente la atención flotante, la capacidad de elaborar la contratransferencia complementaria para transformarla en concordante.

Ese *conjunto de actividades formativas*, que al decantar en forma de experiencia van contribuyendo a la formación del psicoanalista mientras se van llevando a cabo a lo largo de la carrera, constituye según el autor, no un trípode, sino *un nonápode*: analizarse, supervisar, llevar a cabo estudios teóricos, tener experiencia clínica, dar supervisiones, coordinar grupos de estudio, escribir trabajos, intercambiar entre pares, conocer los aportes de otras disciplinas (comunicación, lingüística, otras corrientes psicológicas como reflexología o los aportes sistémicos o la gestalt, etología, derecho, ciencias políticas, sociología, ciencias de la educación, antropología, ciencias biológicas, ética, filosofía, epistemología, filosofía, artes, religiones, historia, mitología, etc).

Como queda expresado, el autor plantea que el déficit transitorio de alguna(s) de las actividades antedichas, puede producir *desviaciones involuntarias y fortuitas* por parte del psicoanalista, sea que afecten al encuadre o a las intervenciones terapéuticas, (amiguismo; rigidez de encuadre; concentración en algunos objetivos terapéuticos descartando otros; actitud pedagógica; intervención puramente racional, intelectualizada; sustitución de las interpretaciones por exposiciones filosóficas; apaciguamiento, hostigamiento; infidencia). Por lo tanto, su detección (que siempre es mediante un acto posterior a la sesión, una recapitación) conlleva la idea de retomar o reforzar alguna(s) de las actividades del *nonápode*.

Descriptores: psicoanalizando, psicoanalista, función psicoanalítica de la personalidad, deslizamientos, actividades formativas.

Bibliografía

- Bion, W. R. (1967) Notas sobre la memoria y el deseo. *Rev. Psa.* 26, 2, 679,1969.
- Freud, S. (1912) Consejos al médico. *AE*, 12.
- Grinberg, L. (1963) Psicopatología de la identificación y contraidentificación proyectivas y de la contratransferencia. *Rev. de Psicoan.*, 20, 2, 1963.
- Helman, N. (1992) Un tipo de trastorno de la personalidad. *Psicoan., rev. de APdeBA*, 14, 2, 1992.
- (1999) El analista con mentalidad interdisciplinaria. *Psicoan., rev. de APdeBA*,

21, 3, 1999.

(2004) El descreimiento en la bondad humana... *Psicoan., rev. de APdeBA*, 26, 3, 2004.

Lieberman, D. (1972) *Comunicación personal*.

Racker, H. (1948-59) *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Bs. As. Paidós. 1960.

Shakespeare, W. (1600) *Hamlet, príncipe de Dinamarca*. Madrid. Club Internacional del Libro. 1988.

Norberto Helman
Aguirre 50 8º "A"
CI1414ASB. Buenos Aires
Argentina